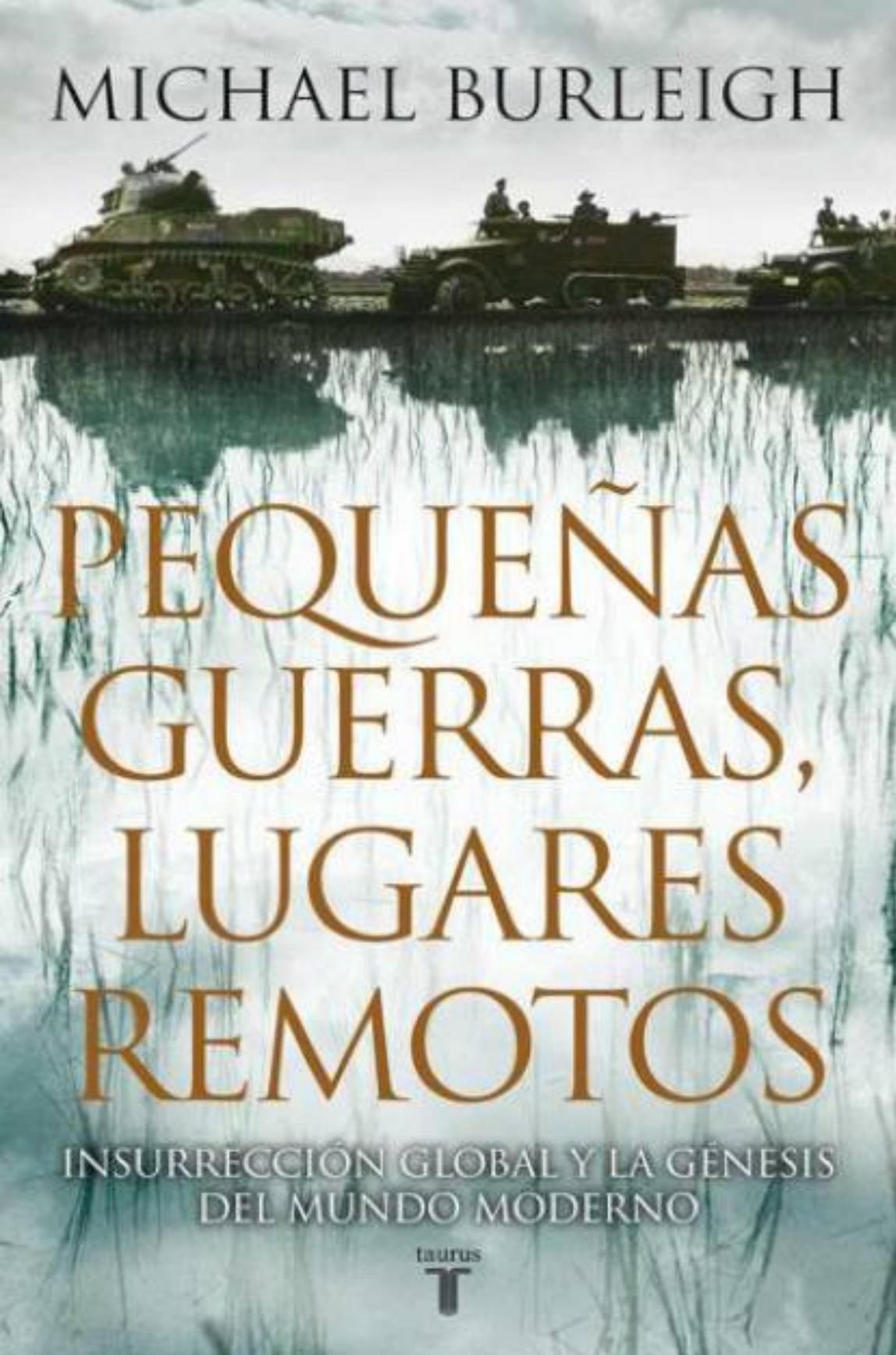


MICHAEL BURLEIGH



PEQUEÑAS
GUERRAS,
LUGARES
REMOTOS

INSURRECCIÓN GLOBAL Y LA GÉNESIS
DEL MUNDO MODERNO

taurus
T

ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Mapas](#)

[Introducción. De los salones de Moctezuma a la Zona Verde de Bagdad](#)

[1. Japón abre la caja de Pandora](#)

[2. El mundo de Harry Truman](#)

[3. Nacionalismo árabe y patria judía](#)

[4. Unos más vencedores que otros](#)

[5. «Acción policial»: Corea](#)

[6. «Emergencia»: Malasia](#)

[7. Huk o Crook: Filipinas](#)

[8. ¡Mandarnos caracoles en paracaídas!: Indochina](#)

[9. Una relación en ocasiones especial](#)

[10. Hungría y Suez](#)

[11. Con nosotros o contra nosotros: el subcontinente](#)

[12. Perder ganando: Argelia](#)

[13. Terror y contraterror: Kenia](#)

[14. La Guerra Fría llega a África](#)

[15. El blues del patio trasero: Cuba](#)

[16. A punto: la crisis de los misiles](#)

[17. Querer abarcar demasiado: Vietnam](#)

[18. El punto de inflexión del siglo americano](#)

[Epílogo. Legados](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Notas de la traducción](#)

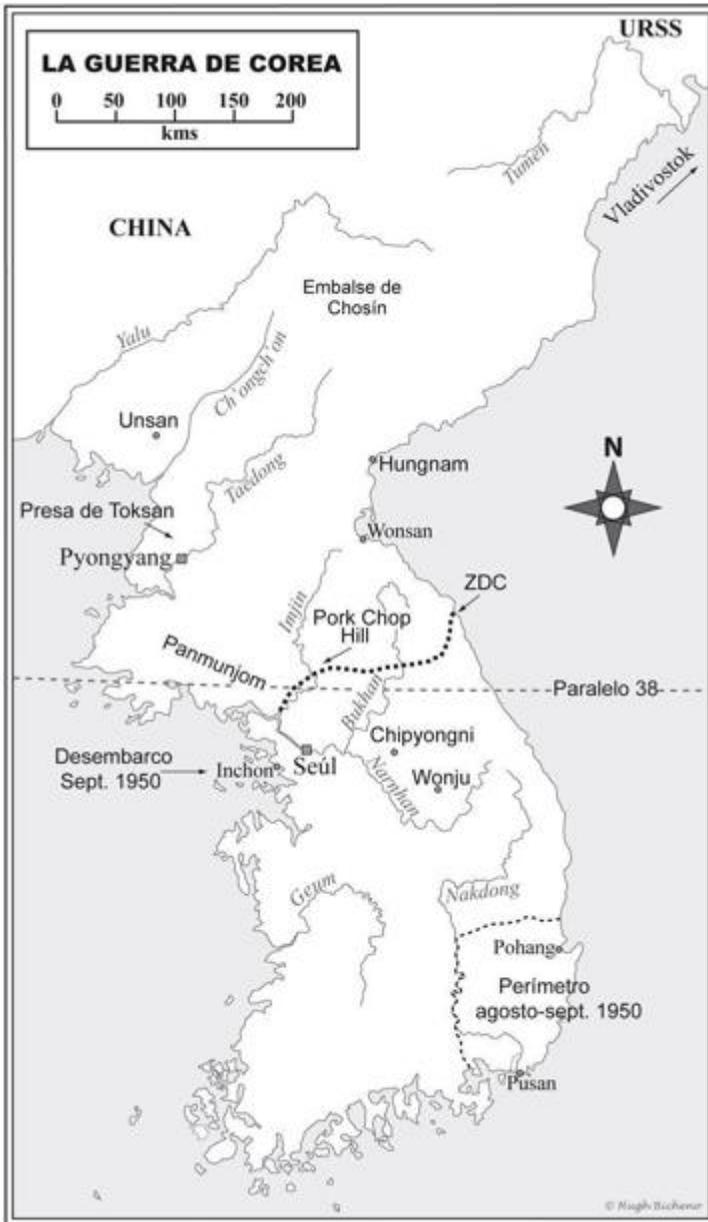
[Bibliografía selecta](#)

[Índice analítico](#)

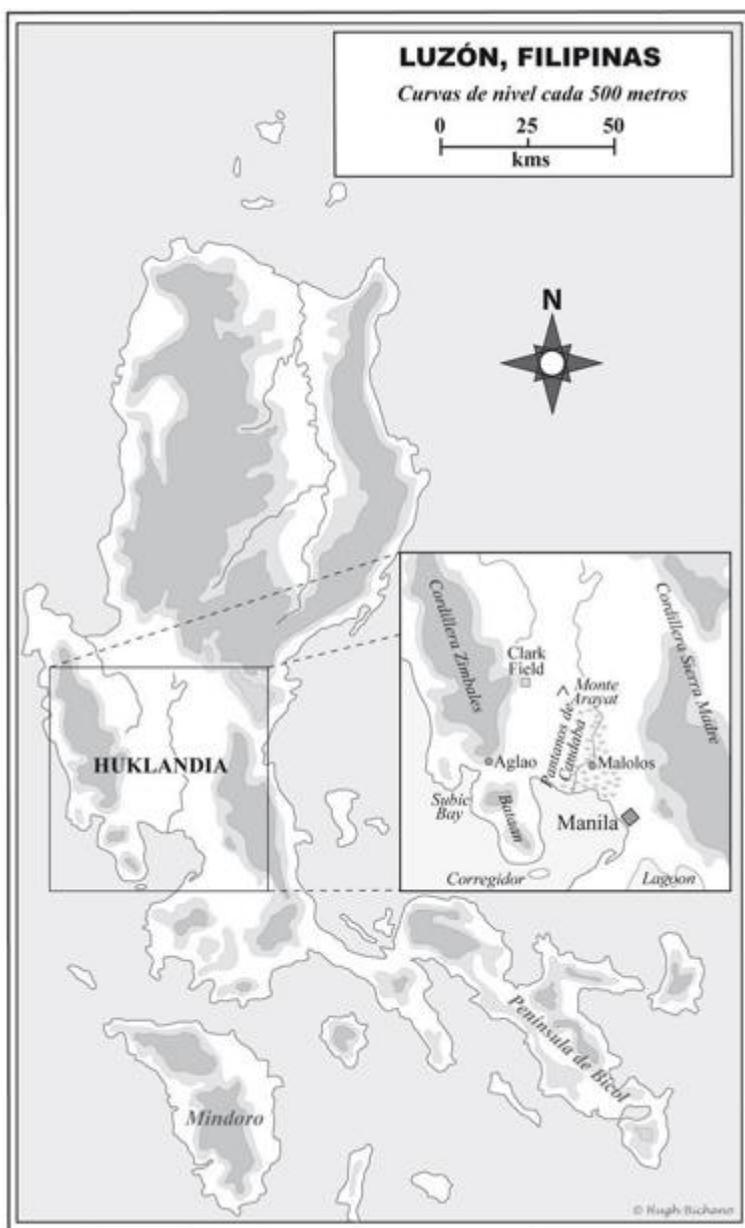
[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)
[Grupo Santillana](#)

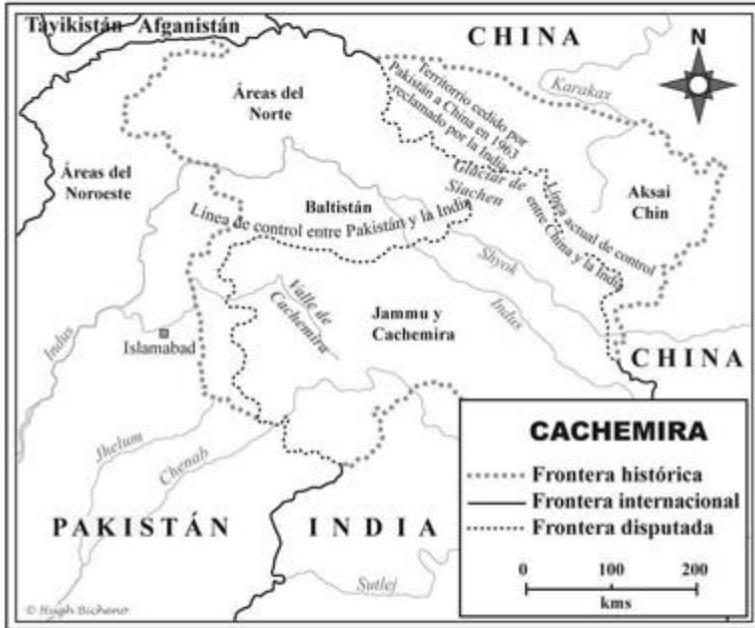
*Para Vidia y Nadira Naipaul,
Nancy Sladek y Andrea Chiari-Gaggia*





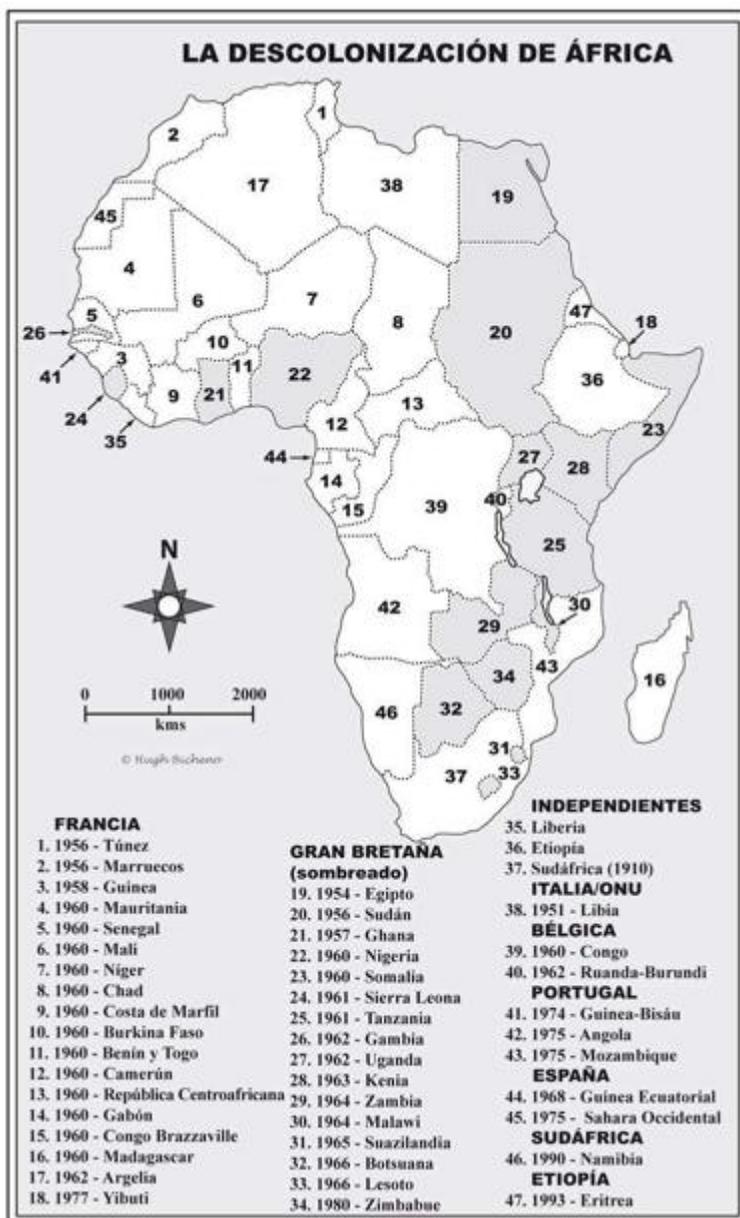














INTRODUCCIÓN

DE LOS SALONES DE MOCTEZUMA A LA ZONA VERDE DE BAGDAD

En el momento culminante de la intervención en Irak, que ordenara el presidente George W. Bush en 2003, los espíritus audaces instaron a Estados Unidos a hacer lo que sugiriera Rudyard Kipling en 1890, tras la conquista relámpago por parte de Estados Unidos del imperio español de ultramar:

Asumid la carga del hombre blanco,
enviad por delante a los mejores,
enviad a vuestros hijos al yugo del exilio
para satisfacer las necesidades de vuestros cautivos...

Sin embargo, cuando Estados Unidos asumió el control del mundo libre, a mediados de 1945, medio siglo después de que Kipling escribiera y medio antes de los actos del presidente Bush, la historia y la tradición convirtieron esta opción en un asunto mucho más equívoco para los estadounidenses de lo que se suele creer. La patética situación en la que se encontraba Europa tras 1945, empezando por el millón de huérfanos que vagaban por el continente, determinó el destino de sus distantes colonias. En Asia fue como jugar a los bolos para los depredadores japoneses desde principios de 1942. El ejemplo del nazismo había desacreditado la idea de que la raza determinaba el destino político de los pueblos, un principio en el que se basó la ocupación imperialista nipona de Asia, con cuya descripción se inicia este libro.

En él se narran la historia de la decadencia de aquellos imperios y la de los Estados-nación que los sustituyeron, así como las reacciones de Estados Unidos (y la Unión Soviética) ante estos procesos. Las luchas por la independencia en África, Asia y Oriente Medio coincidieron en el tiempo con ese enfrentamiento entre las grandes potencias al que denominamos Guerra Fría. Los estadounidenses hubieron de vencer su ancestral desagrado a intervenir en otros países, un punto de vista «aislacionista», y su rechazo visceral a los gobiernos coloniales, fruto de su propia lucha contra los británicos. Aun así, la república fue presa de un arrebato imperialista justo antes y después de los albores del siglo xx, cuando intensificó su intervención en México y el Caribe. Las colonias causaban conmoción a los estadounidenses, también a su presidente, a pesar de la segregación racial vigente en los estados sureños. Tras realizar una visita a Gambia en tiempos de guerra, el presidente Franklin D. Roosevelt escribió a su hijo Elliot: «Mugre, enfermedades, una altísima tasa de mortalidad. Pregunté por la esperanza de vida, nunca adivinarías cuál es: ¡veintiséis años! Tratan a esa gente peor que al ganado. ¡Hasta sus reses viven más!». En el caso de la Indochina francesa, Roosevelt se mostró de acuerdo con Stalin en que la administración gala de ultramar estaba «totalmente corrupta». Como se afirmaba en un artículo publicado por la revista *Life*, en octubre de 1952: «Si de algo estamos seguros es de que *no* combatimos para mantener unido al Imperio británico».

Sin embargo, a finales de la década de 1940, cuando la Guerra Fría entró en su fase más virulenta, Estados Unidos decidió que era más barato apoyar a los imperios coloniales que desplegar tropas propias. Defendían la idea de que las metrópolis europeas económicamente debilitadas a causa de la descolonización correrían el mismo peligro de sufrir levantamientos comunistas que sus colonias. Puesto que el único estado comunista era la Unión Soviética, se daba por sentado que era responsable de toda insurrección que tuviera lugar en cualquier parte del mundo: de hecho, había creado la Internacional Comunista, o Comintern, en